

## Un mensaje presidencial

por Arturo Capdevila

B IEN sabía yo de lo que había de tratarse para mí. Leyendo "La Grande Argentina" no tenía nada que esperar para mi liberalismo. Era fácil colegir que cada uno de los capítulos de este libro sería un cañón apuntando a la ciudadela del consabido credo. Y como yo tengo mi sitio de batalla en la dicha ciudadela...

Puedo dar fe, a este propósito, de muchas cosas interesantes. Así, declaro que las baterías con que el glorioso autor ha puesto sitio esta vez a la para el odiadísima plaza, son de la mayor eficacia y acaso las mejores y más perfectas de los arsenales del día. El mismo, con ruido siempre tanto su armamento polémico, no ha batallado nunca con tales armas como ahora. Declaro, además, que el cañoneo ha sido tan terrible cual lo esperaba y que bajo su poder destructor he visto deshacerse en el viento pulverizadas murallas.

Pero ¿qué murallas? Las viejas, descomulgadas y circunscritas murallas del viejo liberalismo en el cual tampoco llamamos los liberales de hoy. Tales atalayas bastiones pertenecen al liberalismo romántico, o simplemente al romanticismo político. Definido por Hugo al correr de la pluma, era contradictorio ya entonces con el liberalismo inglés, verbigracia. En cuanto al nuevo — que es el de mi dicha ciudadela — data desde los libros de Henry George, en que todo lo que aun quedaba del liberalismo romántico fue desechado para siempre.

Hace años fundé en Buenos Aires, Villalobos Domínguez, el Partido Liberal Georjista — tan digno de mejor fortuna — y qué punto de mi doctrina parecerá rebatido por el autor de "La Grande Argentina".

gará a este libro su profundo fervor patriótico, ni quién habrá que no lo salude como a obra de muchísima enseñanza y provecho! Tanto más cuanto que "La Grande Argentina" nos ofrece un magnífico ejemplo de la grandeza moral de Lugones. Es una bien costosa ofrenda a la patria, este libro. Su autor fué haciendo día por día es una obra de renuncia y de amor. De renuncia, porque para hacerla debió rehusar los convites de la imaginación y cerrar los ojos a las imágenes de la gloria. Por tal modo, olvidando al poeta, se puso a ser únicamente como un asceta del patriotismo. Y conste que la vida de Lugones está llena de noblezas y hazañas. Otro tanto le tocó hacer cuando en el cargo de Inspector General de Enseñanza hubo de consagrarse con tal ascesismo a su tarea — insistió en la palabra única — que en la gran mañana de su estro poético no escribió ni un solo verso, para poder darse entero a la patria.

Yo no creo que nadie sepa más ni mejor que Lugones de los problemas argentinos. Los conoce hasta el detalle. Los ha estudiado hora por hora, con la inquietud de un gobernante. ¿Será por eso que el libro deja la sensación de un vasto conocimiento que abarca todo el Congreso en cumplimiento devotísimo del respectivo mandato constitucional? El libro se asemeja, en efecto, a un mensaje presidencial en que todo se considera y desarrolla desde la cuarta del hombre hasta la del árbol, desde los derechos de la inteligencia hasta los del trabajo. Lcción de cosas verdaderamente espléndida.

Pero si el panorama es tal que asombra, las soluciones que en el libro se ofrecen no son otras que las del momento. Temeroso de caer en el liberalismo que combate, el autor huye de todo principio. Su política es el arte de no tenerlos. Huye de los principios y ni siquiera parece admitir que existan problemas capitales. Por ejemplo, el de la tierra. La granja, sí; la tierra, no. Y el nombre de George, desconocido...

Lo mismo que en los mensajes presidenciales — resalgo en la comparación — todo está calculado — problemas y soluciones — para la duración de un año... parlamentario. Yo parlamentarista, liberal y democrático, hoy más que nunca, le formulo sin embargo esa objeción a "La Grande Argentina".

El objeto de la democracia considerada como un estado social cuya expresión política es el gobierno representativo de la Nación, designado por ella misma, consiste en que el pueblo aproveche para su propio bien a todos los individuos útiles con que pueda contar, sin otra limitación valedera que su propia aptitud. Los ciudadanos forman, así, una sola clase en la cual reside el principio de autoridad, cuyo ejercicio confían a determinadas personas con un triple objeto: la conservación del orden, la defensa de la Nación y el fomento del bienestar común. No existe, pues, otra jerarquía social que el resultante de las diversas aptitudes personales cuyo desempeño gubernativo constituye jerarquía política; de suerte que dicha capacidad es la condición única e indispensable para aspirar al gobierno y desempeñarlo con el indicado fin.

LEOPOLDO LUGONES.

De "La Grande Argentina", pág. 153.



Dos palabras, por La Dirección

Parte de este número está dedicado a la discusión de "La Grande Argentina", de Leopoldo Lugones. Dada la significación de esta obra y la oportunidad de su aparición, en las postrimerías de un estado de cosas contra el cual reaccionaba energicamente, la polémica en torno del libro era de gran interés. Pero los acontecimientos del 6 de septiembre han cambiado de hecho el panorama de la vida nacional y dicha polémica ha perdido parte de su oportunidad.

De ahí que este número no tenga la amplitud que pensábamos darle.

## Un libro a tiempo

por Leopoldo Hurtado

L A Grande Argentina de Lugones es, como su prólogo lo declara, un diagnóstico de la patria. Su lectura deja en el espíritu un amargo pesimismo, pese a la ilusión constructiva de su autor. Como enciclopedia de calamidades argentinas, el libro de Lugones es, sencillamente, formidable. Nadie, como el autor, ha visto nuestros males con mayor precisión y urgencia terapéutica. Hasta el estallido del libro se parece al de Sarmiento. La fiebre reparadora apenas si deja tiempo al adverbio, que se viene con a la punta de la pluma. No hay tiempo que perder, ni siquiera en la calificación justa del predicario, antes de guiar el sacramento, aquel para europeizar, éste para argentinar.

Hacer, hacer, hacer. En todo el libro hay una urgencia tal de labor, que muchas veces su plan se desordina por el abstratamiento de la materia. El diagnóstico es exacto, e instaurable por lo evidente. La política que inaugura en 1912 la ley Sáenz Peña envuena el país y lo corrompe totalmente. El desdichado ensayo de democracia integral va postrando al país gradualmente, lejos de mejorar, empeora. El país se debilita y empobrece en un ritmo uniformemente acelerado, como diría un físico.

Si pudimos soportar una primer presidencia desastrosa, fue porque el país estaba sano e integro. En cambio, la tercera presidencia, el sistema que no es peor que la primera, se nos vuelve insuperable porque su actividad destructiva se ejerce sobre un organismo enfermo, que ya no da para más.

El país se hunde en la construcción física, de miseria, de desbarajuste, de Medin República está poblada por los espectros que pisan distantes Gramajo, coronado el todo por la cenicienta de Buenos Aires. Y nada se hace para remediarlo. Ya no basta dejar pasar el tiempo, como sucedía antes, en que una buena cosecha o no tenemos a que venderla, o tenemos que venderla a los precios que se nos imponen desde fuera. El correr del tiempo, que hasta 1912 había ido equilibrando todos los problemas de la República, actualmente los agrava. Hasta entonces vivíamos, vivimos vegetativamente. Hoy, en cambio, hay que afrontar de lleno las cuestiones.

Abora bien, la experiencia de dieciocho años nos demuestra que el sistema electoral en vigencia es incapaz de provocar a la Nación de un gobierno apto. No puede decirse que éste ha sido un período de inestabilidad, de ensayo, y que el sistema mejorara con dicha por los hechos. Los hechos demuestran, precisamente, lo contrario. La mejor elección fué la de 1912 y la peor es siempre la última.

Tampoco puede afirmarse que estos dieciocho años han sido el período de gestación de una nueva clase gobernante, en sustitución de la que fué desahuciada por la ley Sáenz Peña. No es verdad. Y tan no es verdad, que los más encorados enemigos del actual presidente, tiemblan al pensar en su ascenso; es evidente que cualesquiera de los presidentes que sepan por sí, es por que el que tenemos en la actualidad. Y si el actual presidente cesó por mucha gente independiente, fué sencillamente porque constituía, hasta cierto punto, una garantía. Era, como ya dijimos en algunas oportunidades, el menos malo de los peores, es decir, de los elegidos.

Y si el ejecutivo es malo, el legislativo es pésimo. El Congreso nacional constituye la más selecta colección de trabajos que pueda reunirse en el país, dando no faltan ni los tratantes de blancas. Después de lo que está sucediendo en este período de 1930, creo que ningún ciudadano honesto abrirá dudas respecto a la eficacia de ese organismo, por mucho que aspire a ocupar una de sus bancas.

Y es tal la degradación en que ha caído el congreso, que mucha gente opina que es mejor que no exista. El examen de las pocas leyes sancionadas por él en los últimos años, hace pensar realmente en que es preferible que no exista.

Para que tener, entonces, un organismo tan costoso? Para control del Poder Ejecutivo? Puede algún ciudadano dars por suficiente con el control que actualmente ejerce el Congreso?

Pero nada más pintoresco, para estudiar de cerca la democracia integral que el Consejo Deliberante. La demanda delirante que en él se practica cultiva la caza al obrero. Los obreros municipales son "señores obreros", y en el acuerdo prestado a un director de obras públicas, se ha llegado a previnirle públicamente que "trabaja demasiado". A causa de ello, el obrero municipal es hoy un personaje que cree que la municipalidad tiene para con él toda clase de obligaciones y que él no tiene ninguna para con la municipalidad. Si todo eso garantizara el voto...

Pero en el interior el voto libre — no digamos consciente, por favor — no existe. Y donde existe, como en la Capital, sus resultados están bien a la vista y no se recomiendan, ciertamente. De todos los distritos electorales del país, la Capital es el que pocos representantes elige.

Abora bien, es evidente que el país ya no puede aguantar esto, y por ello el libro de Lugones llega a su hora. Es valiente, irritable, injusto, si se quiere, pero es el diagnóstico del argentino de mas talento que haya producido el país desde Sarmiento, que conoce como nadie el territorio de su patria y que está incansablemente por la política. Tres cualidades que recomiendan este libro, siquiera sea que se crea que...

El balance de las calamidades pagadas que se han amontonado en dieciocho años de encarnalamiento político, es sencillamente paroxístico. El país se hunde de miseria y de abandono en medio de sus riquezas, y no hay nada que indique tanto como la impotencia en que se encuentran las autoridades...

Un solo caso citará, que conozco bien porque soy plantador en el Delta. El Delta, región fértil y rica como pocas en el mundo — quizá única por el cúmulo de circunstancias favorables que en ella concurran — padece de crisis crónica e intensa, perfectamente recordable en veinticuatro horas. El colono se muere literalmente de hambre, en medio de su arboleda frutal, porque la madera del Brasil, ya trabajada en colones, viene a comérsela al pie mismo de su plantación. Por otro lado, la fruta se deja pudrir en los árboles, porque el precio que por ella se obtiene en el Tiro no compensa los gastos de extracción y acarreo. Esto, a 20 kilómetros de distancia, con vía fluvial directa, de una ciudad de dos millones de habitantes que come fruta cara y mala...

Casos como este, hay centenares en el libro de Lugones. Puede decirse que cada región argentina tiene el suyo, y espera su "ley del Congreso"... Menos mal que la sociedad que acompañaba la consabida frase se va trocando en indignación.

Dijo ya que el libro de Lugones era un diagnóstico, y lo que le da valor es el planteamiento de los problemas, no su solución, que cada uno puede imaginar a su albedrío. Pasemos, pues, sobre algunas de las soluciones "manolocalistas" que nos propone Lugones; pasemos, también, sobre algunas contradicciones que en materia tan compleja son inevitables.

Citare una, solamente. Es inaceptable, en 1930, la afirmación (página 127), de que todo contrato de trabajo es un convenio libre entre dos personas, el obrero y el patron, y que por tanto la fijación de la jornada máxima y el salario mínimo sea atentatorio de la libertad de ambos. Toda la legislación obrera es burla, precisamente, en la suposición contraria, y no deja de ser curiosa esta defensa de la libertad en un libro que sostiene, de la primera a la última página, que la libertad individual no puede ir jamás contra el bien público.

La democracia como sistema social y la república como organización política, son inseparables para nosotros del concepto de nacionalidad y de independencia. El nombre de nuestra patria es República Argentina y su aparición ante el mundo defínese por el entronizamiento de la "noble igualdad". Trátase, pues, de cosas definitivas. Ni pensamos cambiarlas, ni tendríamos cómo, al faltarnos la aristocracia y resultarnos el rey un ente ridículo.

Ahora bien, democracia y república tienen que ser argentinas y no anglosajonas; pues, por no ser aquello, resultan las actuales perturbadoras y nocivas. "Noble igualdad" significa equivalencia de los capaces. Debemos aspirar a que todos lo sean, y esta es la más alta expresión del patriotismo; pero, mientras no se la haya alcanzado, fuera insensatez confiar a los incapaces el gobierno de la Nación.

LEOPOLDO LUGONES.

De "La Grande Argentina", pág. 9.











Un libro orgánico y totalmente nuevo:



# LA GRANDE ARGENTINA

Por LEOPOLDO LUGONES

**B. A. B. E. L.**

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

**CORRIENTES 1543 -- RIVADAVIA 1553**

LIBRERIAS ANACONDA